

del Estado colombiano. Para completar, el texto es de difícil lectura porque abusa de las citas a pie de página y tiene un estilo muy pesado y por momentos esquemático. Esto en razón de que tiene más el estilo y la estructura de una tesis que la de un libro, lo que produjo un texto árido y acartonado, muy poco atractivo para el lector común y corriente. Fue un libro escrito para especialistas en el tema, y pare de contar.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Qué es el almendrón

¿Para dónde va Colombia?

Hernando Gómez Buendía
(compilador)

Tercer Mundo Editores-Colciencias,
Bogotá, 1999, 258 págs.

¿Qué es el *almendrón*, o qué se pretende significar con este término?

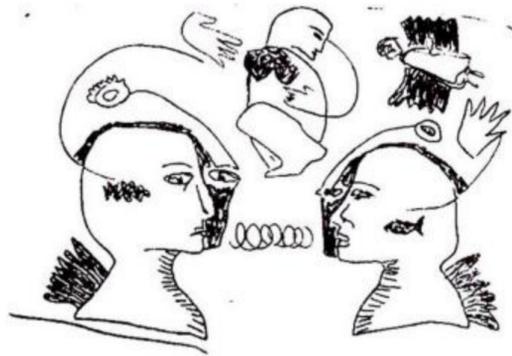
Se le define como “el modo de organización social que está debajo de esta realidad ambivalente y alucinada...” (Colombia) (pág. IX). Más adelante se precisa la “tesis básica del almendrón: que en Colombia las racionalidades individuales ahogan la racionalidad colectiva” (pág. X).

Como aclaran los autores, lo que se pretende con la hipótesis del almendrón es hacer un tipo de predicción (basada en los datos de la ciencia social) sobre el futuro o el destino de Colombia, digamos en el próximo decenio.

Para ello se constituyó un equipo de analistas, provenientes de las más distintas disciplinas, pero donde predominan los científicos sociales (economistas, altos funcionarios y ex funcionarios del Estado colombiano, historiadores, antropólogos y por supuesto, sociólogos, entre otros). En total, veintitrés o veinticuatro intelectuales colombianos (ningún

extranjero, aunque figuren apellidos como Langebaeck y Thoumi). En la página VII se dice que este libro “no es la relatoría más o menos fidedigna de algún taller o encuentro entre colombianistas”.

Siguiendo a Parsons (1973, “La Universidad Americana”), lo que caracteriza a los intelectuales de una nación, aparte de tener cierta cultura o educación universitaria, es la preocupación por la “definición de la situación de la sociedad”, lo cual los convierte en unos “generalistas”, por oposición a quien se entrega a una labor intelectual o disciplina especializada en el campo del conocimiento.



Y la verdad es que el autor más importante de este libro, el compilador de los distintos ensayos y propuestas, el señor Hernando Gómez Buendía, es un ejemplo típico de “intelectual” en este sentido: economista, abogado, sociólogo y filósofo; educado no solo en Colombia sino en el exterior, con dominio del idioma inglés; autor de varios libros y publicaciones; miembro del partido liberal colombiano (lo cual no se menciona entre sus créditos) y funcionario del Estado (como director del proyecto “Conocimiento, desarrollo y construcción de sociedad. Una visión prospectiva para Colombia”, auspiciado por Colciencias).

Aunque parezca obvio, creo que es importante resaltar que todos y cada uno de los integrantes de este grupo de intelectuales pertenecen a una “cultura secular”, dominada por la ciencia; es decir, no tienen lazos visibles con el mundo de la religión (salvo Fals Borda, quien de todos modos actúa aquí como miembro de la academia y no como miembro de su grupo religioso). Este hecho puede ser

interpretado como un signo del proceso de secularización que atraviesa el tipo de sociedad en que vivimos.

Los autores identificaron siete problemas de la actual situación colombiana, en su orden: el narcotráfico, la violencia, el déficit de legitimidad (del Estado), la inserción (de Colombia en el mercado internacional), la pobreza (de la mayoría del pueblo, o de una buena parte de él), la integración nacional (o centralización vs. descentralización), y el medio ambiente. Esta lista podría ser mayor (si le agregamos temas como el de la educación superior, por ejemplo), o menor (si se reorganizaran las “entradas” o categorías; por ejemplo, el asunto de la falta de legitimidad del poder estatal puede relacionarse en todos y cada uno de los restantes seis ítems); pero se decidió dejar este número.

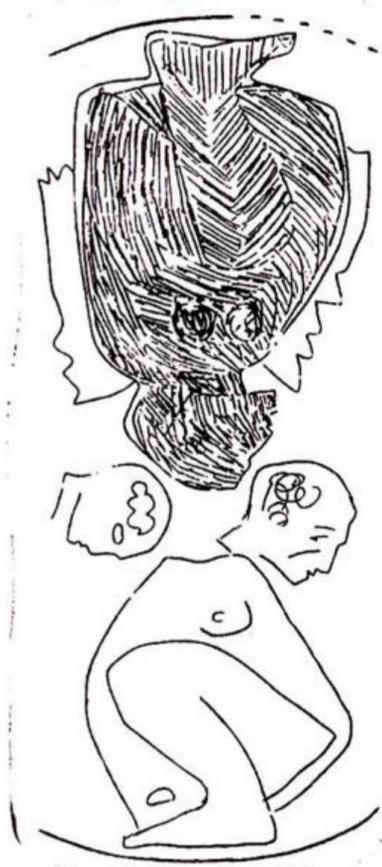
Miremos con lupa lo que se dice aquí acerca del tercer problema más importante que enfrenta nuestro país, según la perspectiva de Hernando Gómez Buendía *et al.*: El déficit de legitimidad de nuestras instituciones, y particularmente del Estado como órgano de la actividad política de la nación:

Los colombianos creen y confían poco en las instituciones formales (es decir, la ley escrita y los órganos estatales que la producen o aplican). Esta falta de legitimidad tiene algunas de sus confirmaciones más agudas en la violencia y en el narcotráfico (pág. 29, subrayado mío).

La sociedad no se reconoce en la política, y la política no se reconoce en el Estado: en esto finalmente consiste nuestro problema de legitimidad (pág. 30, subrayado mío).

Si los colombianos no creemos ni confiamos (o confiamos poco) en la legitimidad del poder estatal, el problema no es de las instituciones, sino de los ciudadanos, individualmente considerados, pues son ellos los que tendrían que cambiar su actitud ante unas instituciones legalmente constituidas.

La educación popular, o masiva, sería el mejor remedio para superar el problema de la desconfianza que tiene el ciudadano común y corriente ante sus autoridades civiles. Y, en este orden de ideas, ni la violencia ni el narcotráfico ni cualquier otro tipo de "acción desviada" se justifican como reacciones entre la falta de legitimidad del poder estatal (lo cual Gómez Buendía ni siquiera está planteando, pero lo cierto es que deja abierta esta interpretación).



Pero estoy seguro de que lo que se quiere plantear es otra cosa: que la desconfianza del colombiano SÍ se justifica, porque el Estado (legítimamente constituido) no hace nada de lo que le corresponde para ganarse u obtener la deseada confianza por parte de su "constituyente primario" (no le garantiza, por ejemplo, su seguridad, en cuanto a la protección de su vida, honra y bienes, o se lo garantiza sólo formalmente, y no de una manera efectiva; el "estado de naturaleza" de Hobbes parece definir bien la situación de inseguridad que soportamos los colombianos).

El problema tampoco consiste, según entiendo el pensamiento de Gómez Buendía, en la "ilegitimidad del poder estatal", porque se parte del supuesto del reconocimiento de

las normas democráticas de acceso al poder (las elecciones, los gobiernos democráticamente elegidos son un buen ejemplo del respeto a estas normas del consenso social).

Un poder ilegítimo en la estructura del Estado es aquel que se constituye autocráticamente (como en el caso de un golpe militar, o la llegada al poder de la guerrilla por medio de las armas), o por cualquier otro medio que no consulte la opinión ciudadana (por ejemplo, una intervención militar extranjera).

El poder estatal no sólo tiene legitimidad, sino que cuenta con órganos especializados (como los partidos políticos) para legitimarse ante los ojos de sus ciudadanos; es decir, para responder a la confianza depositada en él por parte de sus "electores". Veamos lo que dice Gómez Buendía sobre estas importantes organizaciones, los "desprestigiados" partidos políticos (tradicionales) que han gobernado a Colombia a lo largo de su historia republicana, porque me parecen agudas sus observaciones:

La sociedad no cabe en los partidos. Las banderas partidistas del siglo XIX —federalismo/centralismo, estado laico/estado confesional— de alguna manera encarnaban dos proyectos de nación y dos fuerzas sociales. Pero esas fronteras (ideológicas) se fueron borrando (es más: bajo el Frente Nacional se llegó a satanizarlas) y los partidos tuvieron que seguir haciendo elecciones sin hacer política.

A falta de propuestas sobre lo público, el voto se privatiza.

Esta privatización tiene una variante tosca y otra sutil. La variante tosca es el clientelismo: voto privatizado en cuanto al motivo. La variante sutil es el caudillismo: voto privatizado en cuanto al destinatario de la adhesión. De suerte que entre partidos clientelistas y caudillos fugaces (cuyo discurso es instintivamente "anticlientelista"), entre voto "cautivo" y "voto de opinión", la sociedad sigue sin poder expresar sus conflictos.

Pero sigamos con los partidos, que son el modo duradero y habitual de la política (es decir, de las elecciones). El clientelismo es más barato y más eficaz entre votantes más pobres y más fáciles de controlar; por eso los partidos se asientan sobre el campesino, sobre la provincia, sobre el barrio marginal.

También por eso prosperaron los empresarios electorales, la "clase política"...

Por poco que representen, los partidos, sin embargo, cumplen al menos tres grandes funciones: A falta del Estado benefactor, son una red selectiva de seguridad social (llevan servicios básicos a los más pobres). A falta de oportunidades de empleo... son un vehículo notable de movilidad social. A falta de mejor unidad nacional, llevan la voz de las regiones y distribuyen los recursos del centro (cada congresista, en efecto, es una especie de cónsul por su región).

Porque tienen raíces y funciones, los partidos tradicionales seguirán existiendo: el clientelismo seguirá siendo la ruta principal para entrar al Congreso; y la clase política seguirá de protagonista. Pero ésta es apenas la mitad de la historia: hay una clara tendencia de largo plazo al debilitamiento de los partidos, del clientelismo y de la clase política.

La población urbana, educada y bombardeada por el discurso deslegitimador, ya no podrá ser recuperada por los partidos...

Ellos (los partidos políticos tradicionales) siguen siendo el instrumento electoral más eficaz, la institución colombiana que más se parece a la política (por eso los movimientos terceristas funcionan con "visas de turismo").

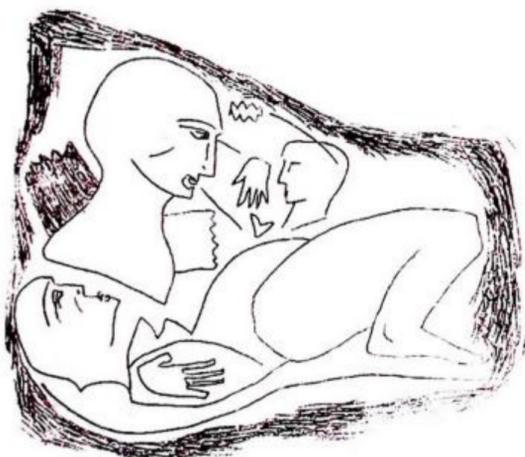
Los partidos, sus clientelas y su clase política no acceden en realidad al poder del Estado: se quedan con un pedazo.

En medio, pues, de una sociedad desarticulada, el Estado sigue siendo la fuente principal (y casi única) de integración. A su vez, dentro de ese estado de comparti-

mientos estancos, la presidencia es el punto de amarre último (págs. 30-32, subrayados míos).

Pido disculpas a mi lector por la extensión de la cita, pero no encontré modo de hacerla más breve, ya que contiene gérmenes para el desarrollo de una "sociología de los partidos políticos". No comparto, eso sí, su premonición de que los partidos se debilitarán (a largo plazo), ni la de que la juventud (población urbana, educada) ya no podrá ser recuperada.

Como tampoco estoy seguro de que el Estado siga siendo la fuente principal y casi única de la integración social (la Iglesia sigue siendo, en mi opinión, una fuerte competencia en este sentido). Pero el resto de sus afirmaciones las suscribiría casi al pie de la letra, las cuales, sin ser novedosas, son válidas (empíricamente demostrables), o al menos eso creo.



Pero hay un problema que estos autores no parecen tener en cuenta, o por lo menos no lo abordan sistemáticamente: el de las relaciones del Estado colombiano con los demás Estados nacionales, dentro de la "comunidad de naciones". Parece darse por descontada la posibilidad de la paz en el concierto internacional, al que pertenecemos; pero la verdad es que este ambiente de relativa paz hay que construirlo, pues la posibilidad de la guerra es siempre latente en el ambiente internacional. Es decir, las fronteras del Estado nacional marcan los límites de nuestra creencia en la legitimidad del poder público, pues más allá de estas fronteras nacionales somos simples "ciudadanos del mundo", o mejor, "ciudadanos sin patria", donde escasamente podemos reclamar nuestros "derechos humanos". Los colombianos en el exterior, como cualquier grupo de emigrantes tercermundistas, no somos bien recibidos; en muchos casos (como en Europa principalmente) somos tratados como delincuentes.

La emigración como fenómeno social es algo que afecta las relaciones entre los Estados (piénsese tan sólo en el caso del "balsarito cubano").

O, para poner un ejemplo más nacional, el tratado de extradición entre los gobiernos de Estados Unidos y Colombia. Aquí solo queremos señalar que los autores de este estudio se limitaron a describir el "almendrón" como modo de ser del colombiano dentro del territorio nacional.

Esto nos da pie para volver sobre el libro que estamos comentando, ya que éste contempla la "inserción" de Colombia en la economía internacional, cada vez más "globalizada". Allí se hacen las siguientes anotaciones, que vale la pena rescatar:

La droga como factor de crecimiento económico. Es indudable que la droga es parte de la holgura cambiaria del país. Sin embargo, la participación colombiana en el mercado mundial tendería a disminuir. Entre los efectos negativos de las narcodivisas: la financiación del contrabando.

La industria. Las ventajas competitivas de Colombia NO están en la manufactura. Y en todo caso, las manufacturas son el renglón más dinámico del comercio mundial, la primera esperanza de los países emergentes.

... la economía colombiana dependerá en forma creciente de su sector externo. Esta hipótesis armoniza bien con nuestra historia económica y con el viento inatajable de la globalización.

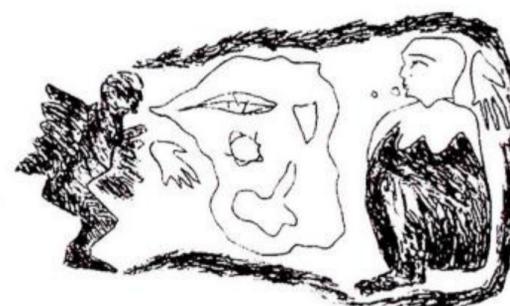
Así que, en el escenario base, el sector agrícola y la industria tradicional seguirán de capa caída.

... la construcción y los servicios personales pueden activar la eco-

nomía en forma transitoria pero no permanente.

El hecho central es simple: hay una tendencia estructural al déficit (fiscal) que resulta de la incontinencia en el gasto público (págs. 33-35).

No soy experto en economía (como tampoco pretendo serlo en materia política), pero creo que no se necesita serlo para comprender, por ejemplo, que la tasa de desempleo en Colombia (cerca al 20%) representa un costo social muy alto, que pone en peligro tanto la estabilidad como la misma "legitimidad" de nuestra organización económica, a los ojos del ciudadano que cree tener "derecho al trabajo", como lo dice la Constitución.



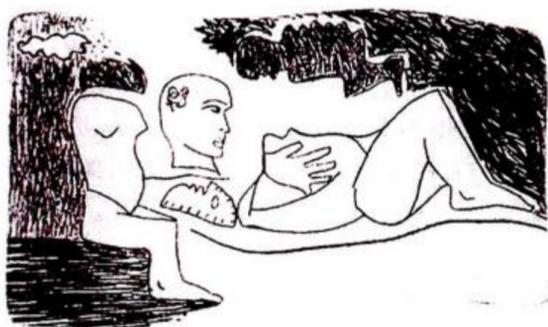
En mi opinión, nada garantiza que la "hipótesis del almendrón", como se denominó aquí ese pretendido rasgo de la cultura nacional en que la "racionalidad privada" (léase individualista) predomina sobre la "racionalidad pública" (que representa los intereses colectivos), sea válida, pues ni se define con mayor claridad el sentido de estos términos, ni tampoco se explica por qué es preferible la una a la otra. Es decir, no existe evidencia empírica de la validez de esta hipótesis en el caso colombiano, como tampoco podría demostrarse que es una hipótesis completamente errada, sin ningún fundamento en la realidad. Para demostrar esta hipótesis no es suficiente con creer en ella, ni tampoco que haya un consenso entre los veintitrés o veinticuatro estudiosos que participaron en su diseño.

Me arriesgo a creer que la hipótesis del almendrón es una idea que salió de la cabeza de alguno de estos

investigadores sociales; idea que sirvió para darle sentido u organización a unos datos que nos ofrece la realidad nacional, pero que en ningún momento alcanza su cometido de explicar el modo de ser (supuestamente individualista) y la supuesta falta de organización social del colombiano. A mi modo de ver, aquí podría haberse caído en una "falacia de la concreción inoportuna" (A. N. Whitehead), resultante de una "ideologización" o "pseudociencia".

¿Cuál es, entonces, el valor de estos escritos?

Para mí tienen el valor de hacer ver el grado de organización social de los intelectuales colombianos (hipótesis contraria a la sostenida por ellos mismos en cuanto al modo de ser colombiano); la mayoría de ellos no sólo forman parte de la "burocracia estatal", algunos en las más altas esferas del poder secular, sino que participan en la vida académica, donde sus ideas se han formado. Además, están comunicados por la internet y publican regularmente en revistas, periódicos, o son entrevistados por la radio y la televisión nacionales.



Al compararse consciente o inconscientemente con cada uno de ellos, uno parece un "aprendiz de brujo" (P. Bourdieu) y difícilmente uno podría ser aceptado como su par (desde esta perspectiva, resulta un poco irónico que los editores del libro hayan querido dejar dos páginas en blanco para los comentarios y reacciones del lector). La misma bibliografía a que nos remiten estos autores (págs. 42, 250-251) es tan densa y especializada, que gran parte de ella sólo se consigue en inglés (el cual no solamente es el idioma universal de los negocios y la tecnología sino de la vida activa en general y de la

vida intelectual en particular). El manejo de un idioma extranjero se convierte aquí en signo de una comunidad de intelectuales, pues se logra romper así una barrera cultural que limita la circulación de las ideas en el plano internacional.

FERNANDO
MORALES MORCOTE

Colombia, festejo sin fin

Santificad las fiestas.

Reportajes y fotografías

Carlos Sánchez Ocampo y Eliza Mejía
Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998,
230 págs.

Colombia es un país de realidades extremas y sorprendentes, donde las más devastadoras manifestaciones de muerte se dan a la par con expresiones de vida y regocijo y donde a pesar del desgarramiento generado por la violencia y la guerra la gente no pierde las ganas de celebrar. Sí, ¡quién lo creyera! Colombia tiene alma festiva y motivos de sobra para festejar. Prueba de ello es el libro *Santificad las fiestas* de Carlos Sánchez y Eliza Mejía, dos periodistas de la Universidad de Antioquia que se dieron a la tarea de recorrer la geografía nacional, desde la Guajira hasta Nariño, en pos de las más variadas celebraciones, para mostrarnos cómo el espíritu de la fiesta está profundamente arraigado en las tradiciones de los colombianos y surge con igual fuerza en todas las colectividades sin distinción de raza o condición social.

El libro es prueba de nuestro rico patrimonio cultural, no tanto por el número de las festividades presentadas (apenas once entre las innumerables que existen en el país) sino por la diversidad de sus manifestaciones: rurales y urbanas, religiosas y profanas, de ancestro indígena, europeo y africano. El repertorio

incluye fiestas de cosecha, como la de las Guagas de Pan en San Pedro de Jongovito (Nariño), donde los aldeanos construyen castillos con muñecos de pan, como símbolo de la prodigalidad de la tierra que brinda el trigo y los frutos con los que los lugareños adornan los castillos en honor de san Pedro. Hay también fiestas religiosas como la del Corpus Christi en Atánquez (Cesar), o la Marcha de los Flagelantes en Santo Tomás (Atlántico); fiestas indígenas como el Kalusturinda en Santiago-Manoy (Putumayo); o fiestas que surgen alrededor de un mito, como el Festival de la Leyenda del Hombre Caimán en Plato (Magdalena). Aunque en el muestrario de carnestolendas priman las rurales y poco difundidas, se incluyen dos ampliamente conocidas en el país: el Desfile de Mitos y Leyendas de Medellín y el carnaval más antiguo de Colombia, el de Riosucio (Caldas), donde desde hace 150 años se le rinde culto al diablo.



La selección hecha por los periodistas antioqueños acierta en la variedad de formas y motivos del rito festivo y corrobora que, cuando de gozar se trata, la imaginación popular no tiene límite. Muestra de ello es el Festival de la Mudanza y la Paletilla de Becerril (Cesar), que recrea las mudanzas cantadas que se hacían en la región, y en el que un grupo de hombres, sin otra finalidad que la diversión, se echa la casa al